

## CARTA DESDE MI AÑORANZA

Aquí, hoy, en la libertad impuesta.

Querido Pepe:

Permíteme, en primer lugar, dirigirme a ti por el diminutivo consentido en la intimidad y evitar la crueldad del apodo terrible por el que te designan los habituales.

Perdóname si acaso te molesta esta carta; podría haberte llamado por teléfono, pero prefiero dirigirte mis sentimientos por escrito, así pretendo exponer mejor mis inquietudes, reveladas para hacerte pensar, que te llegue el mensaje al releerla, cuando logres percibir realmente mi falta y también me añores; me he vuelto un romántico en el aislamiento del que me rodeo amigo de la tristeza y distanciado de la alegría, el todo y la nada son el ser y no ser ahora, una incógnita en el sinvivir actual; no lo sientas, puesto que yo tampoco lo siento. Ni siquiera es una declaración de intenciones, o una solicitud extraña; simplemente deseo confesarte una verdad imposible de desvelar cara a cara; no me quito la cobardía.

Me dolió tu ausencia en la sombría mañana del adiós tras la sorpresa de la resolución judicial; tal vez sufrieras mi marcha en soledad, o no permitieras el acoso de la congoja en ese trance, de una lágrima traidora, y eludieras de esa manera a los demás sorprendidos, mudos los menos, risueños en mayoría, chinchosos. No te busqué, sería inútil un último encuentro de segundos sin palabras; salí como entré.

En cuanto aparecí delante de ti viste en mí una solución y un esclavo; yo la muerte a cámara lenta por causa de mis errores anteriores sin purgar. No protesté. Se trataba de otra penitencia a mi culpa y mi condena, y consentí sumiso esta prueba del destino de la que no me remuerde la conciencia. No obstante, poco a poco logré modelar tu carácter agresivo, despiadado, con el transcurrir de los días, las semanas, los meses, cargado de paciencia, ¿te percaste de ello?, creo que sí. Se superaron los conflictivos iniciales, tu intransigencia y desdén, mis recelos y pesimismo; te volví persona, decían entre risas por lo alto, amansé a la bestia, susurraban por lo bajo muchos de cuantos te temían; tú también influiste en mi personalidad regalándome luego esa etapa de presente y de futuro alejado de mis pesadillas autodestructivas, estaba seguro contigo de las manos ajenas, violentas, sucias, ante las manías grupales y su persecución, del mantenimiento de sus roles internos, de las costumbres instauradas de consuno. No cabe el rencor, sus voluntades perviven alteradas por las condiciones en que subsisten, en que se sufre el general encierro físico y particular de cada uno. Adaptarse o morir, y yo resucité.

Tantos meses juntos sé que moderaron tu proceder. Lamento pecar de presuntuoso pero reco-

nocerás que fui capaz de rebajar ampliamente tu acritud hacia la totalidad de unos y otros, conseguí volverte compañero común dentro de esta peculiar hermandad, un colega guay, y te limé las asperezas, casi te civilicé..., discúlpame, pero así ha sido. Evolucionamos juntos, tú para bien y yo para convencerme de seguir viviendo. No temas, hace tiempo perdoné tus impulsos instintivos hacia mí, y aquella brutalidad primitiva que supiste dominar frente a mis súplicas pasó a transformarse en sana convivencia, en una relación cuasi fraterna; no he reparado en olvidar, incluso, el daño físico infligido al comienzo. Llegué a odiarte sin embargo, sí, y el suicidio fue prioritario en mis expectativas, una solución drástica que no te salvaría; hubiera podido deshacerme de ti, ¿sabes?, durante tus sueños en cualquiera de las noches primeras, habría sido fácil, aunque opté contemplarte en tal fragilidad y aguardar el momento que después evité convencido, en esa vulnerabilidad tuya que dependió de mi actitud y ayudarme a mí mismo reconvirtiéndote; te reirás, como yo, al compararme con un misionero recién atrapado por una tribu caníbal contigo de reyezuelo en este rincón selvático; ya ves. Te detestaba igualmente, sí, y en tu vital dependencia de mí aprendí a trastocar mis emociones. Han sido, por qué no admitirlo, años plenos de felicidad, apartados por ti los peligros furtivos y el tuyo dominado por la latencia de una amistad profunda cimentada al cabo; te lo agradezco. Nada te pido a cambio ni lo haré jamás.

No logro distinguir lo nuestro, lo mío, entre una querencia causal y un cariño especial hacia su protector, dudo de una realidad hecha ficción, o viceversa. No acepto tu compasión; yo tampoco me arrepiento. Quizás haya muchos que no lo quieran entender y desbarren, me contemplen como lo que nunca he propuesto insinuar, obcecados en tradicionalismos caducos, acaso un amor delicado, no animal, sincero y sin reproches, con bastante de espiritual y humano a la par. Transformado en niño fantasioso a tu vera, obediente y mimoso, discípulo de tu bondad escondida únicamente emergida para mí, aprendiz de tu experiencia, cómplice de confidencias recónditas y mentiras muy arriesgadas; mi gratitud por siempre.

La anhelada liberación que otrora ansié ya no me apetece disfrutarla así, solo desde entonces me hallo por más que los allegados insistan en acogerme en su afecto y compañía. Reniego de aquella hora desdichada, el mundo se ha convertido en mi prisión involuntaria.

El sollozo se antepone a mi derrota y me hace incapaz de proseguir.

Escríbeme al remite si efectivamente estas líneas actúan sobre tu ánimo y te conmueven tanto como a mí tu presencia fija en los gratos recuerdos queridos del ayer.

Tuyo, que lo es,

Federico